

El Edipo de hoy: entre la ley y el deseo de mujer. Consideraciones sobre el “guiño” de la madre¹

NORBERTO MARUCCO*

Me alegra estar nuevamente con ustedes. Habíamos quedado en una conferencia más, y después, por distintas razones, no se pudo realizar, pero ahora estoy con ustedes; me encuentro con un grupo que me generó bastantes satisfacciones cuando estuve antes.

Voy a empezar leyéndoles una cita de Cornelius Castoriadis, filósofo y analista excepcional, marido de la analista francesa Piera Aulagnier:

Cómo podría el psicoanálisis olvidar alguna vez el hecho clave que lo funda: que comenzamos nuestra vida mirando a una mujer para desearla (cualquiera sea nuestro sexo), que este deseo nunca puede ser eliminado y, lo que es más importante aún, que sin este deseo nunca nos volveríamos seres humanos y hasta no podríamos siquiera simplemente sobrevivir.

Les pido que recuerden esta frase de Castoriadis, que es de alrededor de 1980, porque va a estar presente en varios momentos del texto. Castoriadis redondeó un camino psicoanalítico muy importante y muy personal en cuanto a la relación entre el psicoanálisis y la cultura, el psicoanálisis y el otro. Éste es el primer acercamiento que hemos de tener hoy con esta frase.

Lo segundo que quiero decirles es mi definición como psicoanalista en el mundo actual. Soy un psicoanalista que piensa en

*Norberto Marucco
Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Fue presidente de la APA entre 2004 y 2008. Recibió el premio Konex en el año 2006 con el Diploma al mérito en Psicoanálisis.

marucconor@gmail.com

¹ Conferencia dictada el 8 octubre de 2022 en la Asociación Psicoanalítica de Guadalajara.

la relación entre la pulsión (con un origen casi biológico) y el otro, es decir, la cultura. No puedo entender un psicoanálisis solamente de la pulsión ni un psicoanálisis solamente cultural.

Más cercano al último Lacan que descrea de las posibilidades del lenguaje y se acerca al concepto de *real*, pienso que el psiquismo humano va más allá del lenguaje. Pero yo, personalmente, creo que hay más allá del lenguaje que los analistas tenemos que dar cuenta. Si ustedes quieren, un “más acá” del Edipo, que Freud entrevió y que hoy tomaremos en cuenta.

Otra cosa que me define con mucha fuerza es que yo defiendo que el psicoanálisis tiene como vertiente especial la terapéutica. El psicoanálisis puede aportar en un análisis de la cultura; puede, incluso, ser un análisis casi filosófico del hombre; pero, fundamentalmente, su motivo para existir es la terapéutica. Y si no tuviera la terapéutica, probablemente quedaría subsumido en algunos de los tantos planteos filosóficos que existen en el mundo.

Además, en relación a esto, soy de los analistas que piensa, justamente, que aquello que está más acá del lenguaje se encuentra, dentro de la práctica analítica, en la contratransferencia imaginativa del analista. Utilizo el término *contratransferencia imaginativa* de Green, que se diferencia de la contratransferencia kleiniana y de otros autores, y que podríamos resumir de esta manera: cuando, en el momento del silencio de un análisis, de pronto a un analista se le ocurre algo, esa emergencia no es disparatada, no es un defecto del analista. Es la emergencia en el analista de su imaginario que da cuenta, muchas veces, de lo que está pasando entre analista y analizado.

Por último, considero que el fin de un análisis no está predeterminado como la disolución de la transferencia, sino por la creación entre dos intrapsíquicos: el del paciente y el del analista, y un intersubjetivo que los une a los dos, y que eso crea objetos analíticos que son los que construyen capital para el paciente que le va a permitir terminar un análisis.

Vamos a jugar entre nosotros a replantear el complejo de Edipo. Complejo de Edipo que en Freud y en el psicoanálisis fue —durante años— una estructura estructurante. Todo pasaba por el Edipo, incluso se ha cuestionado la idea de un pre-Edipo. Todo terminaba ahí, especialmente con Lacan y con el estructuralismo. Yo siempre tuve la idea de cuestionar el Edipo, *el Edipo* como lo planteó Freud, como lo plantearon en general los que continuaron con la obra de Freud. ¿Qué quiere decir esto? Imaginemos un juicio alrededor de Edipo en el que el expediente dé cuenta de cómo Edipo mata a su padre y desposa a su madre. Bien, ese es un Edipo teñido por un fiscal que decididamente está a favor de una cultura represiva que defiende a los padres.

¿Qué quiero decir con esto? Yo, abogado defensor de Edipo, llamaría inmediatamente como testigos a Layo y Yocasta para considerar otra versión del Edipo, una primera versión. Ya el Edipo no es el Edipo que mata a su padre o que quiere matar a su padre para poseer a su madre, sino que Edipo es un individuo mandado por un padre que lo manda a matar, y por una madre que busca poseerlo. ¡Ah, pucha! Ya el Edipo no es tan sencillo. No es el ser humano poblado de una pulsión que quiere matar al padre y que quiere desposeer a la madre, en la que la tarea edípica es reprimir toda la

agresión hacia el padre, venerarlo, y reprimir toda la sexualidad hacia la madre, transformando a Edipo en un normópata neurótico.

¿Qué quiero decir con esto? Que los pacientes que tienen ustedes hoy ya no son ese normópata neurótico que instaló, digamos, la cultura desde la obra de Freud. Obviamente, estoy criticando posturas de Freud, incluso considerándome un freudiano bastante ortodoxo en el sentido de que defiendo mucho las posiciones de Freud. Sin embargo, Freud no podía dar cuenta de todo en un momento donde la cultura era excesivamente patriarcal. O sea, no se podía pensar que el padre podría querer matar al hijo; se pensaba que los hijos, en su rebeldía, buscaban matar al padre.

Si pusiéramos a Edipo en un microscopio para mirar los detalles que esto produce... si uno toma con un microscopio el psiquismo y mira, va a observar que en el psiquismo humano hay algo que viene desde el deseo de los padres. Esto luego Lacan lo desarrolla, el primer Lacan, de manera muy interesante; o Freud, en *Introducción al narcisismo*, con la idea de que es el deseo del Otro que se inculca dentro del psiquismo humano y constituye el sujeto del inconsciente, que es sujeto del inconsciente del Otro. Sujeto de los impulsos del Otro.

En el ejemplo que tomamos del juicio, entonces, es Layo que es condenado por el nuevo tribunal. Condenado por haber creado a un individuo que tenía en sus entrañas —sin poder conocerlo del todo— la sensación de que lo habían querido matar, de que no lo habían amado. Pensemos en Yocasta. Yocasta es una mujer que en un momento dado le dice a Edipo (cuando Edipo quiere averiguar el origen de por qué pasa todo lo

que pasa, toda la tragedia)... Yocasta le pide por favor que no averigüe más, que pare ahí; o sea, que el no conocer está instalado también desde los padres. Esto pinta un Edipo donde ya no se puede, a los pacientes de hoy, acusarlos de la rivalidad y de este destino de querer matar al padre y desposeer a la madre, como si fueran cosas negativas que yo tengo que reprimir, que tengo que hacer desaparecer en el paciente para transformarlo —vuelvo a decirles— en un normópata.

En el Edipo de hoy deberíamos tener la posibilidad de analizar que Yocasta no fue una madre tan buena, que Yocasta tuvo deseos extraños frente a su hijo, que tendían a verlo como un amante, más que como a un hijo. ¿Por qué? Porque probablemente la relación entre Yocasta y Layo haya sido una relación deficiente, una relación mala, una relación negativa. Entonces, para pensar el Edipo no podemos pensar al Edipo aislado, tenemos que pensarlo como un Edipo producido, producto de esta relación entre los padres con insatisfacción y con deseos negativos.

Recuerden ustedes una frase de Freud con respecto a Leonardo. Decía que Leonardo era producto de la insatisfacción conyugal que tenía su madre y que volcaba en él. Recuerden para el final de la exposición lo que estoy diciendo: la insatisfacción conyugal de una madre frente a su marido provoca un “efecto Leonardo”. Leonardo es como es, producto de esta relación con los padres. Propongo una deconstrucción del Edipo freudiano, considerando que Freud sólo pudo llegar hasta ahí, para considerar otras estructuras del Edipo que marcan una deficiencia en un deseo de mujer: el de Yocasta frente a Edipo y no frente a Layo. Interesante, ¿verdad? Planteo que

una mujer puede tener como amante a su hijo y no amar a su marido: ¿cómo?, ¿qué es lo que se produce ahí? ¿Se puede llamar *Edipo* a esta configuración?

Sigamos adelante. Quiero acercar esta situación a la sexualidad infantil descrita por Freud. Cuando escribe sus *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, Freud llega a un punto en donde tiene que incluir lo que se llama “el periodo de latencia”. ¿Qué es el periodo de latencia? Es el momento donde se inhiben las pulsiones sexuales y, podríamos agregar, agresivas, que todavía no estaban en esa época, en 1905, porque las pulsiones agresivas o de muerte aparecen en la obra de Freud, en 1920. En 1905, Freud describe el pasaje a la escuela como un pasaje de la cultura, o sea, de un niño que inhibe su sexualidad y la sublima. Y la sublimación lo lleva a aprender en el colegio y entrar en la cultura; pero este proceso normatizador de la cultura comienza primero con el jardín de infantes donde le van enseñando las letras. Después de *Tres ensayos*, Freud hace aparecer a la cultura como empujando al chico a salir de las pulsiones para irse a la sublimación, idea que nunca abandona. Testimonio de esto está en *El porvenir de una ilusión*, *Psicología de las masas y análisis del yo*, *El malestar en la cultura*, *Moisés y el monoteísmo*; cantidad de trabajos donde Freud dedica a la relación primera que yo les dije, entre la pulsión y el Otro, la pulsión y la cultura.

Pero es importante que tengamos en cuenta que nosotros como analistas tenemos que tener cuidado de un espíritu normatizador con nuestros pacientes; nosotros no tenemos la tarea de normatizar, tenemos la tarea de revelar, de descubrir, de entender, para que el

paciente pueda decidir. El paciente adulto —ténganlo siempre en claro—, aunque tenga cosas de niño, no lo es. No estamos ahí para educarlo, como puede pasar en alguna parte del tratamiento con un niño o con un adolescente.

Ahora: pensemos bien cómo se va armando este nuevo Edipo. Este nuevo Edipo tiene un punto que es central, que es el Yo y el Ello. En *El yo y el ello*, Freud plantea que el Edipo se produce en un momento de constelación identificatoria. El niño tiene pulsiones con respecto a la madre que el padre prohíbe con la amenaza de castración. Escuchen, esto es importante. En *El yo y el ello*, Freud llega a la conclusión de que tiene que delimitar claramente el Edipo. Lo que en *Tres ensayos* inhibía la sexualidad era la cultura que, ahora, lo corre y lo pone en un punto que llamó “complejo de Edipo”: cuando el niño llega alrededor de los 5 años, se encuentra con que desea a su madre y ama a su padre; pero su padre impone una amenaza para cortar este amor prohibido del niño con su madre, porque es un amor sexual, genital.

Ustedes ya saben cuál es la amenaza que impone el padre: la amenaza de castración, y en esta amenaza de castración, puesta por Freud en 1923, instala la ley. La ley que el chico va a tener es: “No te acerques a tu madre”; otra ley que impone el padre a la madre: “Vos no tenés que seducir a tu hijo”, y, así, el padre se transforma en el dador de la ley. A partir de ese momento, el padre también tiene prohibido estar con su madre. ¿Se dan cuenta que, en 1923, esta disposición del Edipo es una disposición paternalista? Es una disposición que el feminismo, hoy, obviamente, con toda su realidad y su potencia, criticaría: no puede ser manejado el mundo por una ley paterna. El

patriarcado en ese momento tenía, obviamente, toda su fuerza.

Entonces, en ese momento en que Freud plantea la supresión del Edipo, transformando el deseo por la madre en una identificación, el miedo del padre en otra identificación y que, de esa manera, se resolvía el Edipo; Freud entiende que lo que limita al Edipo es el miedo, el miedo a la castración. O sea que, para Freud, en el año 1923, el mundo se creaba por obediencia a un miedo. Esto es Freud; no estoy descubriendo nada, estoy indicando cómo yo voy repensando esta situación en los años en que estamos.

La amenaza de castración gobernó el psicoanálisis en Lacan y en la mayoría de los autores. Gobernó al psicoanálisis en toda su práctica. En el encuadre, muchas de las cosas estaban guiadas por esta apropiación de la castración: "Si vos no cumplís con detalles, con determinados detalles, vas a ser castrado". Esta castración estaba apoyada en un concepto muy importante para revisar hoy. Y es que estaba sostenida en que el hombre tenía algo más que no tenían las mujeres. Las mujeres eran (habían sido) castradas, los hombres no; los hombres podían perder aquello que les defendía de la castración que era el pene, el falo; primero el pene, después el falo.

Esta mirada de Freud estaba apoyada en una mirada biológica. Había algo que el varón tenía de más y que la mujer no tenía. Entonces pensemos lo que era para una mujer, en la época de Freud, ser mujer. Ser mujer implicaba renunciar al amor a la madre que, como postuló Cornelius Castoriadis, es un amor que nunca desaparece, y que si desaparece, peligra la condición humana. Renunciar a ese amor a la madre era renunciar por haber reconocido la

castración en la madre; a la madre algo le faltaba que el varón tenía. Entonces para tener lo que el varón tenía, tenía que recurrir a tener un hijo del padre. Ustedes recuerdan esta historia. No les estoy diciendo ninguna novedad. Es la historia de Freud en 1923 o 1924.

Hoy no podemos pensar el Edipo si no lo hacemos a través de un movimiento que, personalmente, me parece que ha revolucionado este siglo: el feminismo. Más allá de que haya cuestiones que son discutidas y con las que no coincido; en este punto, me parece que el feminismo revoluciona la constitución psíquica del ser humano y revoluciona también parte de la sociedad, como es el malestar en la cultura que plantea Freud. Entonces: ¿se advierte que para Freud es muy compleja la historia de la mujer? Tiene que hacer muchas renunciaciones, y su destino en la vida es tener hijos. Solamente cuando tiene hijos puede reconstituir ese orden fálico que el hombre tiene, ¡vaya a saber por qué!, algo que divinamente se le otorga a través del pene anatómico y se transforma en falo.

Entonces esta situación se traslada a 1924. En 1924 Freud publica *El sepultamiento del complejo de Edipo*, importantísimo texto, ¡reléanlo!, ¡reléanlo! Relean *El yo y el ello*, releen *El sepultamiento del complejo de Edipo*. ¿Qué nos dice el *Se-pultamiento del complejo de Edipo*? Es el momento donde Freud, en 1924, decide concluir con el problema edípico, ¿y saben cuál es la conclusión?: el sepultamiento. Ahora recuerden la cita de Castoriadis:

Cómo podría el psicoanálisis olvidar alguna vez el hecho clave que lo funda: que comenzamos nuestra vida mirando a una mujer para deseirla

(cualquiera sea nuestro sexo), que este deseo nunca puede ser eliminado y, lo que es más importante aún, que sin este deseo nunca nos volveríamos seres humanos y hasta no podríamos siquiera simplemente sobrevivir.

Hay una discordancia habitualmente pasada de largo entre Castoriadis y Freud. Yo traigo la cita para fundamentar un poco mi posición. Mi posición es ésta: la mujer nunca renuncia al deseo por la madre, y eso —ustedes, mujeres— lo deben saber, y nunca rechazan ni renuncian al deseo amoroso por su hijo, al deseo sexual incluso por su hijo, pero acá van a ver que la figura del padre, para mí, tiene que hacer una rotación: que en lugar de ser quien impone la ley, es el que recupera el amor deseando a la madre de su hijo como mujer. Les adelanto, poco a poco, el final de mi exposición: el Superyó ya no será producto de una ley impuesta por el patriarcado, sino que será producto de un amor consensuado con la madre, que el deseo del hombre ha transformado nuevamente en mujer.

Entonces: cuando Freud llega al sepultamiento del complejo de Edipo, su idea es que el Edipo en los pacientes que Freud trataba —que él *creía* que trataba— eran solamente neuróticos. Las otras patologías, los pacientes-límite, los perversos no eran posibles de tratar, y menos los psicóticos. Pero, entonces, en estos pacientes, producto de la normopatía neurótica que Freud provocaba, lo provocaba a través de un mecanismo que superaba la represión y que era *untergang*, el aplastamiento; incluso emplea otras palabras, *zugrunde gehen*, la destrucción del complejo de Edipo que supone más, la catástrofe, suprimiendo las pulsiones sexuales, las peligrosas

pulsiones sexuales con la madre, el incesto. Hasta podría decir: soterrado.

En toda época los individuos son obedientes a una cultura que les determinaba la vida. En 1924, las mujeres vivían una época de patriarcado: dominadas por el marido. En la generalidad de los casos, el marido era el que trabajaba y traía las cosas a la casa. Bajo este modelo de mujer, cuando lograban expresar su sexualidad eran tratadas como las locas de la histeria e internadas en nosocomios. Freud las saca de ahí, y de ahí saca el retorno de la sexualidad, el retorno de lo reprimido; aunque el mismo Freud, el Freud de *El yo y el ello*, vuelve a pensar que reprimir la función sexual es lo mejor que se puede hacer. Siempre estamos hablando de la pulsión sexual incestuosa.

Pregunta que dejo abierta y que puede escandalizarlos: ¿acaso existe otra pulsión sexual, alguna otra pulsión sexual que no tenga algo de incestuoso? ¿Es posible pensar que la fuerza de la pulsión no viene de este primer enganche que muestra Castoriadis con la madre?

Sigamos un poco más. Freud dice: “En realidad, esta *zugrunde gehen* del complejo de Edipo, esta demolición, esta destrucción, es el ideal de la cultura; la cultura quiere esto”. Pero Freud mismo no fue siempre un obediente de la cultura. Él decía: “La cultura quiere *esto* y produce los normópatas neuróticos”. Ahora: ¿cómo salimos de esto?

La cultura produce una determinada forma de vivir. En el capítulo 2 de mi libro *Cura analítica y transferencia*, en la introducción que se llama “La identidad de Edipo”, yo lo definía como “hombres grises con maletines que vivían la vida sin saber quiénes eran”. Describo ahí a

un hombre de 50 años que, de pronto, se mira en el espejo y no se reconoce, que recién ahí se dio cuenta que vivió una vida determinada por la cultura. Entonces volvamos a 2022: si un hombre a los 50 años se mira al espejo, ¿no encontrará que no es él, que ha vivido disfrutando, gozando —como diría Lacan—, “gozo, pero en ese gozo hay parte de la pulsión de muerte que se descarga, se descarga y uno vive muriéndose”? ¿podría decirlo así, creyendo que tiene placer? Digo, esto es el análisis en el 2022. Éstas son las cosas que tenemos que pensar.

Entonces en este comentario de Freud, que cierra el complejo de Edipo, de que en la idea de que “la cultura quiere reprimir la sexualidad incestuosa y la destruye, la destruye para que no quede nada”, quedan los restos de un neurótico normópata, una pequeña fobia, un poquito de neurosis obsesiva, un poquito...

No necesito decirles que en esta resolución del complejo de Edipo aparece el Superyó. El Superyó es una mezcla de las identificaciones *padre* y *madre*, pero mucho más potente es la identificación *padre*. La identificación con el padre está marcada no sólo por lo bueno, el cariño del padre, sino por la ley que manda el padre: “Si te tocas el pito, te lo corto”. O sea, ésta es la desaparición de la sexualidad cultural. La cultura le enseñaba a la familia de entonces: “Si papá se entera que te tocaste, él te va a cortar el pito”. “Cortar el pito” es cortar lo fálico, es cortar lo que da superioridad, lo que da poder.

Y la mujer, directamente, queda fuera de todo esto para Freud, quien no puede dedicarles algo más, salvo en *La sexualidad femenina*, donde se ocupa con más detalle. Una observación en

La sexualidad femenina es que la mujer percibe, de algún modo, situaciones de persecución que, a veces —dice—, corresponden a persecuciones reales de la madre, *reales*. Freud ya había abierto, en el año 30, el aparato psíquico a la realidad exterior, a la percepción. Ustedes saben que el primer Freud era un Freud cerrado al mundo exterior, cerrado a la percepción. Piensen ustedes en un primer Freud con el diván: armó un dispositivo donde a él no se lo veía. O sea: que la percepción estaba borrada, la motricidad estaba borrada. Esto era el modelo para explorar el inconsciente. A partir de *El yo y el ello*, él abre el aparato al mundo exterior. El Yo tiene tres amos: el Superyó, el Ello y el mundo exterior. En el mundo exterior interviene la percepción; por ejemplo, yo percibo que alguien me quiere matar y mi psiquismo reacciona, no por mi pulsión de muerte, sino que reacciona por la pulsión de muerte del otro. ¿Se ve cómo el otro toma características cada vez mayores en el complejo de Edipo, en la vida psíquica del ser humano a partir de movimientos que se dan en el mundo? Por eso digo que el feminismo trae un movimiento, para mi gusto, trascendente.

Ahora: ¿qué ocurre con el genio de Freud? Ocurre —¡miren qué interesante!— que tres años después de haber publicado *El complejo de Edipo*, publica un artículo cortito que llama *Fetichismo*, que algunos lo han tomado como una perversión, pero que otros autores, en Francia, lo han transformado en una nueva metapsicología, igual que hice yo en el año 78, cuando empecé a escribir sobre el problema del fetichismo como una nueva metapsicología. Y ¿cuál es esta nueva metapsicología? Es ésta: si se manda al *untergang* la pulsión sexual

incestuosa, producto del reconocimiento de la castración y producto de la amenaza de castración de parte del padre, se tienen que reunir dos cosas: “Reconozco que hay castración, es cierto, mi madre está castrada y reconozco, además, que mi padre me amenaza”. Las dos cosas producen —¡qué cosa en aquella época!— el efecto de que no había más masturbación posible porque si se masturbaba, el padre lo castraba. Éste es el Edipo paternalista.

Llegamos a un momento donde Freud, después de haber coronado su idea del Edipo con el sepultamiento, al descubrir que la cultura exige un ideal, que es la de suprimir toda la pulsión incestuosa, exigencia con la cual él estaba de acuerdo... Acá recuerdo lo de Castoriadis: esa pulsión incestuosa sexual no puede suprimirse.

Déjenme decirles, por otra parte, que Freud descubre, en el fetichismo, que el fetiche es producto de que el sujeto, en lugar de reprimir la pulsión incestuosa, la desmiente. Y ¿qué es lo que desmiente? La castración, ¡la pucha!, ¡lo que se abre para el psicoanálisis!: hay una defensa que desmiente la castración.

¿Qué pasa con la desmentida de la castración? Si se desmiente la castración, no hay por qué tener miedo a la castración. Si la castración no existe, ¿por qué voy a tener miedo a la castración? Entonces —dice Freud— el niño sigue jugando con su pene sin ningún miedo a perderlo. Pero ¿qué ocurre? La desmentida de la castración de la madre inaugura a una madre fálica. Si la madre no está castrada es porque tiene un falo. Esta reunión de un niño, que nació bebé y se fue haciendo niño con una madre fálica, le da derecho a mantener una pulsión incestuosa, en

lugar de reprimida, desmintiendo la castración, la desplaza, y uno ama al zapato de una mujer, ese es el fetiche.

El fetiche es la manifestación, producida luego de la desmentida, la *verleugnung*, que cobra, para Freud, una magnitud enorme. Esta dimensión de la *verleugnung* produce, por desplazamiento, un fetiche, es decir, el enamoramiento del brillo que tiene la nariz de una mujer o del zapato de una mujer. Es la condición del amor, pero desplazado del objeto incestuoso. No es la madre, sino es la nariz de una mujer, el brillo sobre su nariz, ese es el ejemplo que da Freud.

Ahora lo que quiero mostrarles es que, si nos apartamos de la idea de perversión, el amor que se siente por una mujer o por un hombre no tiene que ver siempre con la represión de la sexualidad, y una sexualidad que no es incestuosa, sino que parte de lo incestuoso —éste es un desarrollo mío—, se va a un fetiche que no es real, es virtual, es algo que solamente el sujeto ve. Es la manera de caminar de una mujer o la manera de caminar de un hombre, la manera de hablar, la manera de sonreír. Entonces la condición del amor es una condición donde la pulsión incestuosa sale del objeto natural y por desplazamiento se va a un otro objeto que tiene “algo” que sólo yo veo a voluntad. Éste es un concepto, de *yo veo a voluntad*, de Rosolato, que también pensó acerca de esto.

Entonces esto ya marca una cosa interesante: que el amor no es simplemente el amor que la cultura determina y tengo que tener. En una época era: “Yo me tengo que casar con lo que mis padres decidieron que yo me casara”. Después fue: “Yo me tengo que casar con uno de mi misma religión”; o un: “Yo me

tengo que casar". El amor estaba más dirigido por la cultura. Este amor, que yo les hablo, es un amor más pulsional. Es la pulsión que decide buscar un objeto similar a esta cita de Manonni, a esta cita de Castoriadis, esto es, el amor a la madre, principio de la vida y fin de la vida; nunca se puede desaparecer, se puede disimular, esto es lo que le falta decir a Castoriadis, que ese deseo nunca desaparece, pero se disfraza y se disfraza de algo que es el amor.

La transferencia analítica, la transferencia amorosa analítica tiene *algo* de esa transferencia incestuosa disimulada, disfrazada: "Yo quiero a mi analista porque habla de determinada forma, porque se viste de determinada forma, porque piensa de determinada forma"; todo eso tiene este componente incestuoso. ¿Por qué ustedes me dicen que yo no critico tanto el incesto? No es que yo no critique al incesto, yo critico al incesto consumado. Lo que no puedo criticar es esto de Castoriadis: es la pulsión más fuerte que hay en el hombre y en la mujer, que se mantiene toda la vida como fuerza imposible de disminuir.

Entonces la fuerza Yo que tengo, la fuerza que puedo poner yo para superar el frío que tomé anoche con el cambio de temperatura y que me hace toser y, a ustedes, escucharme tosiendo, todo esto tiene que ver con esa pulsión incestuosa que es la pulsión de amor, es la pulsión de amor que cubre otros objetos en la vida a tal punto que, cuando esa pulsión amorosa apoyada en un objeto desplazado que tiene ese "no sé qué" que yo le veo, cuando desaparece ese "no sé qué", desaparece el amor. Interesante para pensar. Porque antes, con la dificultad de separarse, cuando no había divorcio, la cultura obligaba a

que uno viviera toda la vida con alguien que no amaba.

Todo lo novedoso del psicoanálisis en el año 22 es que trata de defender la posibilidad del amor. Esto coincide con Freud, en el último Freud, que después de *Fetichismo* llama a la pulsión de vida sino pulsión de amor. La pulsión de vida es pulsión de amor, es decir, tiene que ver con el otro. La pulsión tiene que ver con la descarga, con la satisfacción. La pulsión de amor tiene que ver con algo en relación al otro. Lo que el chico vive con la madre es amor, lo que la madre vive con el chico es amor, no es descarga. De ahí desarrolla Freud eso que describe en los niños como mecanismo natural: la renegación, la *verleugnung*; la desmentida es entendida como una condición natural del ser humano.

¡Qué interesante esto! La condición de que uno es un sujeto escindido, lo que trae como consecuencia es una escisión del Yo, de un Yo que reprime y sepulta la función sexual y, otro, que la mantiene viva; pero lo que la tiene viva no es el incesto, es la fuerza que nace con el bebé cuando se pega al pecho de la madre. Esto lleva a Freud a escribir un último artículo que dejó inconcluso, que se llama *La escisión del yo en el proceso de defensa*, en el cual reconoce que tendría que haberse dado cuenta desde siempre de esta escisión del Yo, pero no logra terminar el artículo. Sin embargo, nos deja esta idea antes de morir: la cura ya no es levantar la represión o instalar las represiones exitosas, ya la cura no es instalar el Yo donde estaba el Ello. La última cura en Freud es el reconocer estas dos partes del Yo: el que acepta la realidad y el que la desmiente. Porque en esta desmentida de la realidad está la posibilidad de la creación: "Yo desmiento para

poder crear". Y la fuerza de esta pulsión que se transforma en epistemofilia, en sublimación, es la fuerza de la pulsión incestuosa. La sublimación es un mecanismo que se utiliza para transformar la pulsión incestuosa en investigación, en descubrimiento. O sea: cuando uno analiza, uno analiza con un espíritu epistemofílico, cuya fuerza parte de este origen que tiene que ver con algo incestuoso, desplazado. Yo amo al psicoanálisis, se los voy a decir así, como debo haber amado a mi madre.

Punto aparte, acá terminamos este camino. Voy a decir ahora unas pocas palabras sobre un punto importante. ¿Cómo pienso —con todo esto que expuse— el Edipo de hoy? ¿Por qué pienso que es importante esto que les dije recién? Porque la cura analítica ya no sería instalar el juicio de realidad como lo planteaban los americanos en la psicología del Yo. Ya la cura analítica implica acercar la escisión, sin cerrarla. Si hay mucha escisión de desmentida de la realidad, se puede caer en la perversión; pero si hay mucha aceptación de la realidad, se cae en la normopatía. Entonces el estado de salud es el reconocimiento de que puedo aceptar la realidad y negarla, siempre que el desmentirla no sea patológico.

Notarán que yo hablo de una desmentida normal y de una desmentida patológica. La desmentida normal lleva al amor, lleva a la investigación, a la creación; y la desmentida patológica lleva, en el caso extremo, incluso a la psicosis. ¿Se entiende que no soy un abanderado de la desmentida? Soy un abanderado del reconocimiento de que no se puede vivir aceptando sólo la realidad, porque si aceptamos sólo la realidad, no habría ningún cambio. Este movimiento feminista nunca hubiera podido aparecer si

aceptáramos todos la realidad, definida por los otros.

Permítanme llegar a la última concepción de Edipo que tengo. Yo parto de una crítica a la idea de castración tan exagerada como llevó el movimiento lacaniano, la idea del primer Lacan y del segundo Lacan. La idea es ésta: si la ley instalada en el Superyó y en "el Nombre del Padre" —como dice Lacan— fuera así, tendríamos cada vez una ley —como tenemos— muy dura. El Superyó es duro, cada vez más duro, porque la ley viene del padre y es aceptada por miedo: acatamos por miedo. Éste no me parece que sea el buen destino del Edipo, me parece que tiene que tener una parte de Superyó que me limite por miedo, pero complementariamente tiene que tener otra parte que no sea miedo.

¿Cómo veo yo esa otra parte en el 2022, a raíz —entre otras cosas— del movimiento feminista? Pienso lo siguiente: cuando una mujer tiene un hijo o una hija y se transforma en madre, va perdiendo la condición de mujer. En el siglo o en los años anteriores, la tendencia de ser madre ocupaba toda la vida de una mujer. En las generaciones anteriores, las mujeres eran amas de casa, eran las que cuidaban a los hijos, del hogar. ¿Qué es lo que pasa hoy? Lo que pasa hoy es que la madre es transformada en madre, solamente por la acción del padre. El padre, en vez de poner un límite en términos de la castración —en términos de Freud o de Lacan—, el padre de hoy se transforma en hijo de la propia mujer transformada en madre. El hombre se transforma en hijo de la mujer que él ha transformado en madre. Vuelve a revivir su relación con su madre, dependiente, no sexualizada porque está prohibida por la represión; entonces disminuye

la sexualidad entre el hombre y la mujer cuando la mujer se embaraza. Esta disminución de la sexualidad de la mujer, producto de la inhibición sexual del hombre, provoca en la mujer una mujer fálica. ¿Qué quiere decir “fálica”? que tiene el amor de dos hijos: el niño y el marido. Pero vuelvo a decir: ¿producto de la falla de quién? Del hombre que se transforma en niño frente a su mujer que se ha hecho madre.

Si el hombre recupera su condición de hombre, va a seducir a su madre-mujer para que sea mujer, y si la seduce para ser mujer, se va a transformar, entonces, la amenaza de castración proveniente de la ley paterna en una ley consensuada entre madre y padre. La madre será una mujer que tiene dos amantes: el niño y el marido, y el padre será alguien que tiene un hijo y recupera una mujer que se ha hecho madre. La recupera como mujer. Esto tiene que tener consecuencias en la estructuración del Superyó en el futuro. Va a haber un Superyó, armado por la ley, en una parte; pero armado por el amor de padre y madre en la otra. El amor de padre y madre es el amor de mujer y de hombre. Por eso yo digo “el Edipo de hoy, la ley y el deseo de mujer”, porque cuando se despierta el deseo de mujer, no hay más ley por miedo, hay ley por amor.

Respuestas a comentarios

Cuando digo que la mujer pierde toda la posibilidad de ser mujer cuando se hace madre, me refiero a la obligación de tener hijos; la obligación de que una mujer tenga hijos es una obligación que la empuja con respecto a todas las posibilidades de una mujer. Tiene razón el feminismo cuando lo denuncia. Yo creo

firmemente que hay mujeres que pueden no desear tener hijos porque esa posición fálica —en el buen sentido de la palabra— la encuentran en otras cosas: en su profesión, en lo que ustedes quieren. No están obligadas para ser mujeres a ser madres. ¿Qué quiere decir? Que lo que tiene que darle la posición de madre es algo fundamental: la posición de madre nunca tiene que hacer decaer la posición de mujer. Tiene que ser madre y poder ser mujer. ¿Cómo puede una madre ser madre y ser mujer? Bueno, en esto creo que tiene mucho que ver la intervención del hombre. Si hay un hombre, en lugar de ver la ternura hacia la mujer que se le ha hecho madre, ve la calentura sexual, incestuosa si ustedes quieren, pero desplazada en la mujer, en la madre de su hijo, y la transforma en mujer, esa transformación en mujer hace que la ley hacia el hijo sea una ley consensuada desde el amor: “No hagas eso porque te quiero, no porque te voy a pegar”.

Yo a esto lo llamo *el guiño de la madre*, porque creo que la figura central en esto es la mujer. O sea: cuando el padre viene y dice: “No hagas esto porque te voy a —antes era pegar—...”, hoy podemos decir: “Me voy a enojar”; la madre le dice al hijo —para no desautorizar al padre—: “Sí, tu papá tiene razón”, pero cuando lo mira al hijo le guiña el ojo. ¿Qué quiere decir “le guiña el ojo”? Quiere decir: “En una parte lo podés hacer”. Si el padre le dice: “No puedes estar encima de tu madre siempre”, la madre dice: “Tu padre tiene razón”, pero le guiña el ojo para que, un poquito, esté encima de la madre. Eso mantiene viva la pulsión del hijo, mantiene vivo algo de la ley del padre, pero no toda, y mantiene vivo el deseo de mujer. Entonces la mujer-madre

es una mujer que tiene una característica especial que no tiene la mujer sola ni la madre sola. Tiene dos amantes: su amante es el hijo en determinados momentos del día, pero a la noche, su amante es su marido.

Ahora bien, cuando yo puse *el guiño de la madre*, me refería metafóricamente a esto; se han hecho muchas cosas en orden a la amenaza de castración, por ejemplo: en una época, un chico no podía dormir jamás en la cama de los padres y era tarea del padre imponer la castración. Bueno, Lacan lo decía: tiene que ponerle un palo a la madre cocodrilo. La madre lo va a engolfar, lo va a meter adentro, si la deja. Nunca me gustó esta posición de Lacan, me parece con un fondo machista en ese punto, pero bueno, son hombres de su época, no se les pueden pedir más cosas. En cambio, si el padre le dice: "Tenés que irte de la cama, no puedes estar en la cama con nosotros", y esta madre-mujer de la que hablamos le dice: "Tu papá tiene razón, te tenés que ir", y además le guiña el ojo como diciendo: "En otro momento estás un ratito conmigo", me parece que esto es una clave, porque el guiño no es: "Desautorizo a tu padre", como alguien podría leerlo: "¿Cómo le va a guiñar el ojo y desautorizar al padre?". No, no es eso. Es un: "Tu padre tiene razón, pero un poquito está bien". Ese poquitito es lo que dice Castoriadis: que esa pulsión incestuosa se mantiene toda la vida.

Por otro lado, el peligro es el guiño total. El problema es que la desmentida de la castración que la madre hace cuando guiña el ojo sea una desmentida total de la castración, porque eso no es posible. No hay posibilidad de cuidar si acepta que no hay límites. Entonces el problema es cómo regular el guiño para que sea un

guiño adecuado, para mantener la pulsión, nada más. O sea, en términos prácticos: que la madre diga: "No, no, ahora te vas a dormir a tu cama porque es la hora de papá", digamos, que tenga sexo con el padre; ahí su amante es el padre. Ahora: al otro día lo puede agarrar y lo puede apretar contra ella. Eso es bueno. Para este guiño dependemos completamente de la salud mental de la madre, porque el hijo, en la fantasía, el guiño lo puede llevar a mucho más.

En este sentido, uno depende totalmente de la figura de la madre. A tal punto es así que Lacan, pensando en este problema, ideó la idea de la madre cocodrilo. Y la idea del padre como poniendo un palo en las fauces del cocodrilo para que no se coma al hijo. Es una imagen dura la de Lacan, pero es una imagen dura que habla del poder cocodrilo de la madre. Lo que yo creo, hoy en día, es que esto ocurre, digamos, con un guiño exagerado, ocurre en parejas que no se aman. Si la mujer, si la madre, ama al marido porque el marido la despierta como mujer, el guiño de la madre se hace tenue; uno está en buenas manos.

Por eso es que vuelvo a insistir: *el guiño de la madre* yo lo pensé mucho en usarlo, pero me pareció muy rica la metáfora. Tiene que ser un guiño lindo. No un guiño que desacredite al padre, que le dé al hijo la sensación de que lo puede todo, sino un guiño de: "Bueno, no ahora, pero puede ser ratito después". Es otro Superyó. Pero vuelvo a decirles: todo eso depende, para mí, de algo que ya hablamos con algunos de ustedes, depende de entender que el hombre tiene la tendencia natural a transformarse en hijo de la madre, de la mujer embarazada, y que no es tarea de la mujer tener deseo de hombre, deseo de hijo, deseo de... es otra vez

cargarle demasiado a la mujer. El hombre tiene que salir de ese lugar de hijo y seducir a la madre para que vuelva a ser mujer. Ésta es una tarea del hombre. No es que sea el patriarcado. Es una tarea amorosa. Una tarea, al final de cuentas, más amorosa y más sexual, y también de

la mujer, no sólo del padre. Sí, también de la mujer, pero, digo, la mujer, para salir de ese atrapamiento, tiene que tener una mirada cómplice del marido porque, si no, caemos en exigirle a la mujer la totalidad, como antes se le exigía al hombre.